

ce se la contó el mismo á quien le pasó, que fue un religioso de su Orden cisterciense, llamado Bernardo. Este antes de entrar en la Religion, yendo cierto camino, dice que llevaba consigo colgada al cuello una cajita de reliquias de los santos mártires san Juan y san Pablo: yendo su camino, vínole una tentacion deshonesta: él entonces no miraba tanto en eso, y descuidábase de resistir á la tentacion, y de sacudir de sí aquellos malos pensamientos que le venian, y comenzaron las santas reliquias con su cajita á darle golpes en los pechos; y con todo eso no caia en la cuenta, ni echaba de ver en aquello; y como cesase la tentacion, cesaron tambien los golpes. De ahí á otro poco tornó la tentacion, tornaron luego los golpes de las santas reliquias, como si le dijeran que advirtiese y desechase de sí aquellos malos pensamientos. Entonces cayó en el aviso y recuerdo que le daban, y procuró con diligencia resistir á la tentacion.

Tambien es muy buena devocion, y ayuda mucho para esto, visitar muchas veces el santísimo Sacramento del altar, y pedir allí al Señor ayuda y favor para salir con victoria; y sobre todo el recibir á menudo este santísimo Sacramento es singularísimo remedio, conforme á aquellas palabras del Profeta, *Psalmo XXII, v. 5: Parasti in conspectu*

*meo mensam adversus eos, qui tribulant me: Preparaste, Señor, delante de mí una mesa, la cual me da virtud y fortaleza contra todos los que me persiguen. Para todas las tentaciones, dicen los Santos, que es este gran remedio; pero particularmente para vencer las tentaciones de la carne, y conservar la castidad; porque este divino Sacramento mitiga el *fomes peccati*, disminuye y apaga los movimientos de la carne y los ardores de la concupiscencia, como el agua al fuego, dice san Cirilo, y trae para esto aquello del profeta Zacarías, ix, v. 17: *Quid enim bonum ejus, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines?* De lo cual dijimos en su lugar, part. 2, trat. 8, c. 10.*

#### CAPÍTULO VII.

*Que la penitencia y mortificacion de la carne es muy propio y principal remedio contra esta tentacion.*

El bienaventurado san Jerónimo dice: *Ardentes diaboli sagitte, jejuniorum, et vigiliarum rigore extinguendæ sunt.* (Epist. ad Furiam). Los ardientes y encendidos deseos y movimientos de la carne, con vigiliass y ayunos, con penitencias y asperezas se han de refrenar y apa-

gar; y así lo hacia él. Y de san Hilarion cuenta el mismo san Jerónimo, que siendo fatigado de tentaciones de carne y de pensamientos torpes, se airaba con su cuerpo, y decíale: Yo te haré, asnillo, que no tires coces, porque te quitaré la cebada, y te daré solamente paja; matarte he de hambre y de sed: pondréte cargas pesadas, fatigarte he con calores y hielos, para que así pienses antes en la comida que en la lascivia. Remedio es este muy encomendado de los Santos, y muy usado de los siervos de Dios, aun sin sentir esta guerra.

En las Crónicas del bienaventurado san Francisco se cuenta, 1 part., lib. 7, cap. 32, que preguntó uno á un santo varon por qué san Juan Bautista, siendo santo desde el vientre de su madre, se fué al desierto, é hizo allí tan estrecha penitencia, como dice el sagrado Evangelio. Respondió el Santo: Dime, tú, ¿por qué á la carne, estando fresca y muy buena, le echan sal? Respondió el otro: Porque mejor se conserve, y no se corrompa. Pues así, dice, el glorioso Bautista se saló con la penitencia; porque su santidad se conservase mejor sin alguna corrupcion de pecado, como la Iglesia lo canta: *Ne levi posses maculare vitam crimine lingua.* Pues si aun antes de sentir estas tentaciones, en tiempo de paz, con-

viene usar este ejercicio de penitencias y mortificaciones, ¿cuánto mas convendrá en tiempo de guerra? Santo Tomás dice, 2, 2, quæst. 115, art. 1 ad 3, y lo trae de Aristóteles, 23 *Æthic.*, que *castitas dicitur à castigatione*: Del castigo se dijo castidad; porque con el castigo del cuerpo se ha de refrenar el vicio contrario; y dice que los vicios deshonestos son como los muchachos, que han menester azote, porque les falta la razon.

Y si de este mal tratamiento del cuerpo se sigue la flaqueza ó daño á la salud corporal, responde el mismo san Jerónimo en otra parte: *Melius est eis stomachum dolere, quam mentem*: Mas vale que duela el estómago que el alma; y mejor es que tiemblen los piés de flaqueza que no que vacile la castidad, aunque siempre es menester discrecion: y así se han de medir estas cosas conforme á las fuerzas y á la tentacion y peligro de cada uno; porque una cosa es ser la guerra tan grande, que pone al hombre á riesgo de perder la castidad, y entonces á cualquier riesgo conviene poner el cuerpo, por quedar con la vida del alma: *Extremis morbis extrema, et exquisita sunt remedia*, dicen allá los médicos: Cuando la enfermedad es mortal, y se ve que va ya acabando á uno, hácese remedios exquisitos y extraordinarios; así ha de ser tam-

bien en las tentaciones y enfermedades espirituales, cuando son vehementes: otra cosa es pelear con una mediana tentacion, de la cual no se teme tanto peligro, ni es menester tanto trabajo para vencerla.

Pero advierten aquí los maestros de la vida espiritual, que estas tentaciones de la carne unas veces nacen de la misma carne, y del cuerpo redundan en el alma, como suele acaecer á los mozos, y á los que tienen buena salud, y regalan su carne; y entonces aprovecha mucho poner el remedio en ella, como habemos dicho, pues está en ella la raíz de la enfermedad: otras veces nace esta tentacion del alma, por sugestion del demonio, y del alma redundan en el cuerpo; y la señal de esto es, cuando combate mas con pensamientos y feas imaginaciones que con feos sentimientos ó movimientos del cuerpo; ó si hay estos, no es porque la tentacion comience en ellos, sino comenzando por pensamientos, resultan aquellos sentimientos y movimientos en la carne, la cual algunas veces estando flaquísima y como muerta, están los malos pensamientos vivísimos, como le acaecia á san Jerónimo, segun él lo cuenta, que estando el cuerpo flaco, consumido y casi muerto por las grandes penitencias y asperezas que hacia; con todo eso le parecia algunas veces que se hallaba

en medio de las danzas y saraos de las doncellas de Roma: y tienen tambien otra señal, que es venir importunamente, y cuando el hombre menos querria, y menos ocasiones hay para ello: y ni catan reverencia á tiempos de oracion, ni de misa, ni lugares sagrados, en los cuales un hombre, por malo que sea, suele tener acatamiento, y abstenerse de pensar estas cosas; y algunas veces son tantos y tales los pensamientos, que el hombre nunca oyó, ni supo, ni imaginó tales cosas como se le ofrecen; y en la fuerza con que vienen, y cosas que oye interiormente, siente el hombre que no nacen de él, sino que otro las dice y las hace. Todas estas son señales manifiestas que aquella es persecucion del demonio, y que no nace de la carne, aunque se padece en ella; y así entonces es menester poner otros remedios: y todos dicen que es muy bueno para esto procurar alguna buena ocupacion que ponga al hombre en cuidado y trabajo, con el cual pueda olvidar aquellas feas imaginaciones; y á este intento procuró san Jerónimo, segun él mismo lo cuenta, estudiar la lengua hebrea con mucho trabajo, aunque no sin fruto.

Y el mismo San Jerónimo, epist. 4 ad Rusticum Monach., cuenta de un monje mancebo, de nacion griego, que estaba en un monasterio de Egipto, que era

muy fatigado de esta tentacion de carne, y ayunaba mucho, y hacia muchas penitencias, y no cesaba la tentacion. El superior tomó este medio para sanarle: mandó á un monje de los mas antiguos, grave y áspero, que se hiciese en contradicho muchas veces con aquel mancebo, y le reprendiese con palabras ásperas é injuriosas, y despues que le hubiese tratado mal de palabra, se viniese él á quejar, como si hubiera sido ofendido del otro monje. El anciano supo lo que se le ofrecia, y á cada paso de cualquiera cosa tomaba ocasion para darle muy buenas reprehensiones; y sobre eso llevábale luego á juicio delante del superior, y tenia ya prevenidos testigos que decian que el otro monje habia sido descomedido con el anciano. El superior reprendia al monje, y dábale muy buenas penitencias, como á culpado, y esto pasaba cada dia; y viéndose el monje tan maltratado, y con tantos falsos testimonios, estaba muy affigido y tristísimo en su celda, y derramaba muchas lágrimas, pidiendo á Nuestro Señor que volviese por él, porque se veia desamparado de todo favor humano. Todos eran contra él, y no se hacia en casa falta alguna ó desorden el cual no se le achacasen; y luego salian dos ó tres monjes que testificaban contra él, y llovian sobre su cabeza peniten-

cias y reprehensiones: duró esto por todo un año, y al cabo de él preguntóle otro monje cómo le iba de la tentacion de la carne. Respondió él: *Vivere mihi non licet, et fornicare licebit?* Aun vivir no me dejan, ¿y quereis que me acuerde de eso? Ya no hay memoria de esa tentacion. De esta manera le curó su padre espiritual: con el dolor y trabajo mayor se le quitó el menor. Y añade allí san Jerónimo en loa de la Religion: Si este estuviera solo, ¿quién le ayudara á vencer la tentacion? Y en la Regla de los monjes, una de las razones que da el Santo para mostrar cuánto nos conviene la Religion, y el vivir debajo de obediencia, es esta (1): *Ut non facias quod vis, comedas quod iuberis, vestias quod acceperis, et operis tui pensum persolvas, lassus ad stratum venias, necdum expleto somno surgere compellaris*: Para que no hagais lo que quereis, comais lo que os dieren, vistais lo que os cupiere, trabajeis lo que os mandaren, y vayais á la noche cansado á la cama, y aun no hayais cumplido con el sueño, y os hagan levantar; y así sucediendo unas cosas á otras, andeis tan ocupado en la obediencia, que no tengan lugar de entrar las tentaciones, ni tengais tiempo para pensar en otra cosa sino en lo que habeis de hacer.

(1) Reg. Monac. quam collegit ex scriptis D. Hieronym. Lupus de Oliveto, c. 20.

El bienaventurado san Francisco decía (1) que habia sabido por experiencia que los demonios se espantaban y huian de la aspereza, y del rigor y penitencia, y que se allegaban y tentaban fuertemente á los que se trataban regalada y delicadamente. Y san Atanasio refiere de san Antonio Abad, que enseñaba esto mismo á sus discípulos: *Mihi credite, dicebat, fratres, pertimescit Satanas piorum vigilias, orationes, jejunia, voluntariam paupertatem.*

San Ambrosio (2) trae á este propósito aquello del Profeta, Psalmo LXVIII, v. 11: *Operui in jejunio animam meam, et posui vestimentum meum cilicium*: Vestíame yo de cilicio, y cubria y guardaba mi ánima con el ayuno. Esa, dice, es buena defensa y buen arnés contra este enemigo; y tenemos tambien para esto la doctrina de Cristo, que nos dió cuando echó aquel espíritu inmundo que los discípulos no habian podido echar: *Hoc genus in nullo potest exire, nisi in oratione, et jejunio.* Marc. ix, v. 28. Este género de demonios no puede salir sino con oracion y ayuno. Á la oracion añade la penitencia y ayuno, como medio muy propio para ahuyentar este género de demonios; y así, cuan-

(1) Part. 1, lib. 1, cap. 21 de la Crónica de san Francisco.

(2) Ambros. in epist. quam scripsit in Conc. Talensi ad Papam Sirictum.

do hay estas tentaciones, no nos habemos de contentar con acudir á la oracion, ni con hacer actos y propósitos contrarios á la tentacion, sino habemos tambien de ejercitarnos mas particularmente en obras corporales de penitencia y mortificacion, siempre con consejo del confesor ó superior, para que en todo vamos mas acertados.

Preguntó un religioso (1), que era combatido de esta tentacion, al santo Fr. Gil qué remedio tendria para ello. Díjole el Santo: ¿Qué harías tú, hermano mio, á un perro que te viniese á morder? Respondió el religioso: Tomaria una piedra ó un palo, y heriríale hasta hacerle huir de mí. Dice el Santo: Pues hazlo así con tu carne que te quiere morder, y huirá de tí esa tentacion. Es tan bueno este remedio, que algunas veces cualquier trabajo y dolor, aunque sea pequeño, suele divertir y quitar esta tentacion: como extender los brazos en cruz, hincar las rodillas, herir los pechos, tomar una disciplina, darse algunos pellizcos ó repelones, estarse en un pié un rato, ú otra cosa semejante.

En la vida del apóstol san Andrés se cuenta que un viejo, llamado Nicolás, estando san Andrés en Corinto, vino á él, y le dijo que setenta y cuatro años ha-

(1) Part. 1 de la Crónica de san Francisco, lib. 7, cap. 7.

bia vivido en deshonestidades, dando rienda á sus apetitos desordenados, y entregándose á todo género de torpezas, y que entrando poco antes en la casa pública para ofender á Dios, llevando consigo el Evangelio, una mala mujer de aquella casa con quien queria pecar le apartó con gran espanto, y le rogó que no la tocara, ni se llegase al lugar donde ella estaba; porque veía en él cosas maravillosas y misteriosas. Despues de esto rogó Nicolás á san Andrés que le diese remedio para aquella su grande flaqueza y costumbre envejecida en el pecar. El Santo se puso en oracion, y ayunó cinco dias, suplicando á Nuestro Señor que perdonase á aquel miserable viejo, y le otorgase el don de la castidad. Al cabo de los cinco dias, perseverando el santo Apóstol en su oracion, oyó una voz del cielo que le decía: Yo te concedo lo que me pides por el viejo; pero es mi voluntad que como tú has ayunado por él, así él ayune y se aflija por sí, si quiere ser salvo. Mandó el santo Apóstol á Nicolás que ayunase, y á todos los cristianos que hiciesen oracion por él, y pidiesen al Señor misericordia. Oyólos Dios de tal manera, que Nicolás volvió á su casa, y dió todo lo que tenía á los pobres, y maceró su carne con grande aspereza, y por espacio de seis meses no comió sino pan seco, y bebió un poco de agua; y cumplida esta penitencia, pasó de esta vida, y Dios reveló á san Andrés, que á la sazón esta-

ba ausente, que se habia salvado.

En el Prado espiritual se cuenta que un monje fué á un Padre de los ancianos, y díjole: ¿Qué haré que no puedo sufrir los pensamientos que me combaten? Dijo el viejo: Yo nunca he sido combatido con semejantes pensamientos. El monje se escandalizó con esta respuesta, y se fué á otro Padre de los ancianos, y le dijo: Hágote saber que el Padre me ha dicho que no ha sido ni es combatido de pensamientos: yo me he escandalizado, porque me parece que ha dicho cosa que excede á la naturaleza humana. Dijo el Padre: No sin causa te dijo aquel varon de Dios tales palabras: vuelve á él, y pídele perdon, y te dirá la causa por que te dijo aquello. El monje volvió á él, y díjole: Perdóname, Padre; porque sin despedirme de tí me fuí el otro día tan neciamente. Mas ruégote me declares cómo no eres combatido. Respondió el viejo: Porque despues que soy monje, nunca me hartó de pan, ni de agua, ni de dormir, y esta abstinencia no me ha permitido que tenga la batalla de pensamientos que tú me dijiste.

## CAPÍTULO VIII.

*De otros remedios contra las tentaciones deshonestas.*

El bienaventurado san Gregorio, lib. 12 Mor., cap. 38, dice que algunas veces las tentaciones deshonestas, y ser molestado uno de pensamientos y movimientos malos, suelen ser rastros y reliquias de la mala vida pasada, pena y castigo de la libertad y mala costumbre antigua; y que entonces con lágrimas se ha de apagar este fuego, llorando muy bien lo pasado.

San Buenaventura dice, process. 4 religiosos., cap. 13, que es muy buen remedio en las tentaciones juzgarse uno por digno de aquella aflicción y trabajo, y reconocer que tiene muy bien merecido aquel castigo por sus culpas y libertad pasada, y sufrirlo con humildad y paciencia, diciendo con los hermanos de José: *Merito hæc patimur; quia peccavimus in fratrem nostrum.* Genes. XLII, v. 21. Con razón padecemos estas cosas; porque pecamos contra nuestro hermano. De esta manera, dice san Buenaventura, aplacará uno más presto á Dios, y se le convertirá en bien y provecho la tentación: mueve mucho á misericordia aquellas entrañas piadosísimas de Dios el reconocerse uno por digno de castigo; y así lee-

mos en la sagrada Escritura, Daniel. III, v. 28, et Daniel. IX, v. 5, que usaba mucho de este medio el pueblo de Israel para alcanzar perdón de Dios.

Otro medio, y muy eficaz, para alcanzar el favor y ayuda del Señor, y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos en todas las tentaciones, y particularmente en esta, es desconfiar de nosotros, y poner toda nuestra confianza en Dios: de lo cual tratamos largamente en otra parte, y después tratando del temor de Dios diremos algo, 2 part., trat. 3, c. 35; trat. 4, c. 15. Bastará ahora decir que generalmente la humildad es gran remedio contra las tentaciones. Bien sabido es aquello que le fue revelado al bienaventurado san Antonio, que viendo en espíritu todo el mundo lleno de lazos, dió voces, diciendo con lágrimas: ¿Quién escapará, Señor, de tantos lazos? Y oyó una voz que le dijo: El humilde. Pues sed vos humilde, y libraráos Dios de esos lazos y tentaciones: *Custodiens parvulos Dominus, humiliatus sum, et liberavit me.* Psalm. CXIV, v. 6. Los montes altos son combatidos de rayos y tempestades: los árboles grandes son los que arrancan los vientos; pero las cañas, mimbres y plantas humildes, que se abaten, y encorvan, y doblan á una parte y á otra, quédanse en pie después de las tempestades.

Conforme á esto será también muy bueno y muy provechoso sacar humildad y propio conocimiento de estas tentaciones deshonestas, viendo que tales cosas pasan por nosotros, como diciendo: Veis aquí, Señor, quién yo soy. ¿Qué se esperaba de este muladar sino semejantes olores? ¿Qué se esperaba de esta tierra que vos maldijisteis sino zarzas y espinas? Este es el fruto que ella puede dar, si Vos, Señor, no la limpiáis. Buena ocasión nos dan estas tentaciones y malas inclinaciones que tenemos para humillarnos. Si los vestidos viles y desperdiciados ayudan á uno á humillarse, como dicen los Santos, ¿cuánto más nos ayudarán á humillar tan viles y sucios pensamientos como pasan por nosotros? Decía el santo Fr. Gil (1) que nuestra carne era como el animal inmundo, que con gran deseo corre al lodo, y en él se deleita; ó como el escarabajo, que su vida es revolverse en el estiércol: y mucho nos ayudará esta consideración para no dejarnos llevar de estos pensamientos.

Y generalmente en cualquier tentación es muy bueno no hacer uno caso de aquello á que le lleva la tentación, sino volver luego sobre sí, humillándose, y diciendo: ¿Qué sea yo tan malo que me vengan y pasen por el

(1) Part. 1 de la Crónica de san Francisco, lib. 7, cap. 7.

pensamiento tales cosas? Porque con esto hurta el cuerpo á la tentación, y queda burlado el demonio. Ayuda también mucho el confundirse uno de la tentación, y de los malos pensamientos y movimientos que le vienen, como si fuera culpa suya, aunque esté muy lejos de consentir en ellos: rabia el demonio, y consúmese de pena, viendo tanta humildad; y como es tan soberbio, no lo puede sufrir. No le podeis dar mayor bofetada, ni tomar medio con que él más presto os deje de tentar, como ver que sacáis ganancia de donde él procuraba vuestra pérdida: fuera de que con esto muestra uno cuán lejos está su voluntad de ofender á Dios, que es cosa que da mucha satisfacción y seguridad.

También ayudará algunas veces baldonar y afrentar al demonio, como diciendo: Véte de aquí, espíritu sucio: ten vergüenza, desventurado: muy sucio eres tú, que tales cosas me traes á la memoria; porque como él es tan soberbio, cuando le menosprecian y afrentan, y le tratan como quien él es, no lo puede sufrir, y huye. Cuenta san Gregorio, lib. 3 Dialog., c. 4, de Ducio, obispo de Milan, que yendo á la ciudad de Constantinopla, llegando á la ciudad de Corinto, y no habiendo dónde se aposentar, sino una casa que estaba desamparada, porque había

muchos años que entraban en ella los demonios, dijo el Santo: Vamos allá. Fueron, y cerca de la media noche, estando reposando el Santo, comenzaron los demonios á hacer mucho ruido, en forma de diversas bestias, balaando como ovejas, bramando como leones, gruñendo como puercos, silbando como serpientes. Despertó el Santo al ruido, y enojándose con los demonios, dijo: ¡Oh qué bien os vino, y cuán bien os salió la llevada! Quisisteis ser como Dios, y quedásteis hechos bestias, dragones y serpientes: muy bien remedais lo que sois. Quedaron con esto tan afrentados los demonios, que dice san Gregorio que luego desaparecieron, y nunca jamás volvieron á aquella casa, sino que se pudo habitar de allí adelante de todos. San Atanasio cuenta del bienaventurado san Antonio que era muy molestado de tentaciones deshonestas; y un día echósele á sus piés un muchacho negro, súcio y asqueroso, lamentándose que había vencido á muchos, y que de él solo había sido escarnecido. Preguntóle san Antonio quién era. Soy, dice, el espíritu de fornicación. De aquí adelante, replicó el Santo, haré poco caso de tí, pues eres cosa tan vil y desechada; y desapareció luego aquella vision. Y Cristo nuestro Redentor en el sagrado Evangelio llama *súcio* al espíritu de fornicación: *Cum*

*immundus spiritus exierit ab homine*. De esta manera podemos nosotros afrentar y baldonar al demonio, tratándole como quienes, y haciendo burla de él; y algunas veces se puede hacer esto dándole una higa, sin decir otra cosa, ni ponerse á razones con él.

## CAPÍTULO IX.

*Del temor de Dios.*

*Cum metu, et tremore vestram salutem operamini*. Ad Philip. c. II, v. 12. Obrad las cosas de vuestra salvación, dice el apóstol san Pablo, con temor y temblor. Una de las cosas que nos ayudará mucho para la castidad, y generalmente para conservarnos en gracia de Dios, será andar siempre con un santo temor y recato, desconfiando de nosotros mismos, y acudiendo á Dios, y poniendo en él toda nuestra confianza; así lo dice san Bernardo, serm. 54 super Captiv.: *In veritate didici, nihil æque efficacius esse ad gratiam promerendam, retinendam, recuperandam, quam si omni tempore coram Deo inveniaris non altum sapere, sed timere*. Prov. xxviii, v. 14. *Beatus homo, qui semper est pavidus*. Por experiencia he hallado que no hay medio tan eficaz para alcanzar la gracia divina y conservarla, y para recobrarla, si se pierde, como andar siempre con temor

delante de Dios, y no presumir de sí, según aquello del Sábio: Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor. Y por el contrario, una de las cosas que ha hecho aun á grandes Santos dar miserables caídas ha sido fiarse de sí, y andar con poco temor y recato: *Sapiens timet, et declinat à malo; stultus transilit, et confidit*. Prov. c. xiv, v. 16. El necio es atrevido y confiado, y por eso cae; pero el sábio anda con temor, y así se libra del mal. El que lleva un licor muy precioso en un vaso de vidrio muy delicado, y pasa con él por lugares peligrosos, donde unos se encuentran con otros, y corren ríos violentos y tempestades, si no conoce y teme la fragilidad del vidrio, no lo llevará con mucho recato; y así fácilmente se le quebrará, y derramará el licor que lleva; mas el que conoce cuán delicado es, y teme no se le quiebre, guárdalo muy bien, y va con mucho tiento y cuidado, y así camina mas seguro. De esta manera nos acontece á nosotros: tenemos el licor y tesoro preciosísimo de la gracia y dones de Dios en vasos de barro, como dice el apóstol san Pablo, II ad Cor. c. iv, v. 7, los cuales se pueden quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos vientos y tempestades, y donde hay muchos encuentros y peligros: los

que no se conocen bien, ni temen esta fragilidad y flaqueza, viven con una falsa seguridad, y así fácilmente se pierden; mas los que se conocen y temen andan con grande cuidado y aviso para conservarse, y así viven mas seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida, estos la tienen.

¿De dónde pensais, dice el bienaventurado san Bernardo, de ord. vitæ, et morum institut., que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidas á la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas, que ellos mismos se espantan de sí? La causa fue que en la mocedad vivian con santo temor y humildad; y viéndose tan al canto de caer, acudian á Dios, y eran defendidos por él: mas despues que con la larga posesion de la castidad comenzaron á engreirse, y á confiar de sí mismos y asegurarse, luego en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios nuestro Señor, é hicieron lo que era suyo propio, que es caer.

El bienaventurado san Ambrosio, epist. 84 ad Demetrium, dice que esta es la causa por que muchos que sirven á Dios, y de noche y de dia meditan en su ley, y crucifican su carne, y tienen refrenadas las concupiscencias é incentivos de la sensualidad